

Santidad. — «¿Luego por necesidad, dijo Flaviano, confesais la fé, y no segun vuestro sentir?» — «Tal es, replicó, mi actual disposicion. Antes de esto, como sé que el Señor es nuestro Dios, temia racionar sobre su naturaleza; pero pues vuestra Santidad me lo permite y me lo enseña, digo lo mismo que vos.»

Como esta estraña modestia ofendia aun á sus propios protectores, le preguntó el patricio si creia ó no que nuestro Señor despues de la Encarnacion tuviese dos naturalezas. Eutiques respondió que reconocia dos naturalezas antes de la union; pero que despues de la union no confesaba mas que una. Entonces el Concilio, cansado del estilo enigmático de este monge artificioso, á quien no se habia podido reducir á esplicarse de este modo sino despues de largos rodeos, le declaró que era preciso anatematizar claramente todo lo que era contrario á la doctrina que se le acababa de proponer. «Ya os he dicho, replicó, que yo no seguia antes esta doctrina; mas al presente que vos me la enseñais, sigo á mis Padres; pero no la he visto claramente en la Escritura, y los Padres mismos no todos la han enseñado. ¡Malhadado de mí, si profiriera este anatema! esto sería condenar á los santos doctores.» Alzáronse entonces todos los obispos, clamando con indignacion: *sea él mismo anatema.* «Juzgue el santo Concilio, dijo Flaviano, á este hombre que no quiere confesar claramente la fé, ni someterse al sentir de sus jueces.» Luego volviendo á su carácter de bondad y dulzura, le representó que aun podia obtener el perdon si confesaba su error, y apoyándole el patricio le dijo: «pensadlo bien, Eutiques: ¿qué trabajo os cuesta confesar con la Iglesia dos naturalezas en Jesucristo, y que nuestro Redentor es consubstancial á nosotros?» El obstinado viejo respondió: «he leído en San Cirilo y en San Atanasio, que Jesucristo

tenia dos naturalezas antes de la union; mas despues no hablan sino de una.» — «Pero en fin, insistió Florente, ¿confesais dos naturalezas despues de la union?» Eutiques contestó: «haced leer á San Atanasio, y vereis que no dice tal cosa.» — «Si no admitis dos naturalezas despues de la union, dijo Basilio, obispo de Seleucia, haceis una confusa amalgama;» y Florente añadió: «El que no confiesa dos naturalezas no profesa la creencia verdadera.»

Crejó todo el Concilio que no debía llevar mas allá su longanimidad, y así se levantaron los Padres y dijeron: «No se hace creer por fuerza; pero la fé triunfa del orgullo y de la obstinacion. Largos años al emperador y largos años á los protectores de la santa doctrina: el herege no se rinde, dejad de preguntarle y de lisongear su orgullo.» El obispo Flaviano pronunció al momento sentencia de excomunion y deposicion, á la que suscribieron treinta y dos obispos y veintitres abades, sacerdotes los mas de ellos, y de los cuales el mas venerable era San Marcelo, superior de los Acemetas.

Este santo abad era natural de Siria é hijo de una familia muy rica; habiendo muerto sus padres, dejándole señor de sus grandes bienes en la flor de su edad, los repartió entre los pobres, y vino á Constantinopla á encerrarse en el monasterio del ilustre San Alejandro, de quien se mostraba perfecto imitador (1). Despues que le obligaron á que fuese su sucesor, guardó todo el recogimiento y modestia de un simple religioso. Su desinterés llegó á tal extremo, que distribuyó á otros monasterios los bienes de una nueva herencia que su hermano le habia dejado: rasgo de los mas admirables en la vida cenobítica, en la que se reputa á las veces un mérito el espíritu mismo de

(1) Sur, *ad diem 29 decemb.*

rivalidad y de interés cuando solo se refiere á la comunidad. Mas entre todas las virtudes (que el cielo mismo testificó con grandes milagros, y especialmente con la ruidosa resurreccion de un muerto) lo que mas distinguia al abad Marcelo, era su horror á las novedades contrarias á la doctrina de la Iglesia.

Entretanto Eutiques escribió al Papa, quejándose de que se le habia condenado injustamente, así en lo principal de la controversia como en el modo y forma de los procedimientos (1). Habia dicho en voz baja al patricio Florente, al acabarse el Concilio de Constantinopla, que apelaba á los Concilios de Roma, de Alejandría y de Jerusalem, y luego quiso que estas palabras ambiguas y dichas secretamente tuvieran fuerza de una apelacion formal. Discutióse sobre esto vivamente en unas conferencias que ordenó el emperador para hacer revisar las actas del Concilio y hacer constar su fidelidad. Crisafio, que gobernaba despóticamente el imperio y el emperador, queria á la sombra de la disension y conmocion de los ánimos sacar á Eutiques del mal paso en que estaba; pero toda su trama solo sirvió para hacer mas auténtico este monumento de respeto á los primeros jueces de la fé, segun el orden de sus sillas. Las cartas de Teodosio á San Leon, obtenidas por el mismo privado, no fueron mas ventajosas al novador, á quien protegia. Es cierto que el Papa, prevenido al principio por las imposturas del sectario y por una recomendacion firmada del emperador, formó alguna sospecha sobre el Concilio de Constantinopla, como lo mostró en sus cartas al patriarca Flaviano; mas este se la dispó al punto, refiriéndole clara y concisamente en su contestacion cuanto habia en el asunto.

(1) Lup. *Collect. cap. 22.*

«Eutiques, le dijo (1), quiere renovar las heregias de Apolinario y Valentino, afirmando que antes de la Encarnacion habia en Jesucristo dos naturalezas, la divina y la humana, pero que despues de esta union, ya no hay mas que una, y que el cuerpo del Salvador formado de María no es de nuestra sustancia, ni aun consubstancial á su Madre, aunque le llame cuerpo humano. Se le ha condenado en vista de las acusaciones bien probadas del obispo Eusebio, y despues de haber oido sus mismas contestaciones en el Concilio, donde se descubrió á sí mismo, como lo véreis en las actas que acompañan á esta carta. Tiempo es ya de enteraros de esta causa, pues Eutiques, despues de una condenacion tan justa y tan regular, en vez de reconciliarse con Dios por la penitencia, en vez de consolarnos en el dolor que nos aflige por su perdicion, no se ocupa mas que en esparcir la disension y la zizaña en nuestra Iglesia, sublevando las potestades contra ella. Por vuestras cartas vemos que ha hecho llegar sus imposturas hasta los oidos de Vuestra Santidad, á quien dice impudentemente que ha apelado de nuestra sentencia. Muévao, santísimo Padre, esta nueva falsedad, á repeler con vuestro vigor acostumbrado la injuria de la Iglesia y la nuestra. Mirad este asunto como causa propia vuestra, fortificad la fé del emperador, y poned el sello de vuestros decretos á una condenacion canónicamente pronunciada. Se ha divulgado la voz de un Concilio mas numeroso, ¿y qué necesidad tenemos de un nuevo Concilio, que en las circunstancias presentes puede alterar la paz de todas las iglesias? Esta causa no necesita mas que el coucurso de vuestra confirmacion y autoridad.» Este Concilio, cuya voz corria en

(1) *Conc. Chalced. part. 1, c. 4.*



Oriente, y que Flaviano con los demás obispos ortodoxos no creían de modo alguno necesario en esta ocasión, era sin embargo un Concilio ecuménico. Mas estaban persuadidos de que el Concilio particular de Constantinopla, confirmado por el Papa y conocido por las demás iglesias, tenía igual derecho á la sumisión del juicio de todos los fieles. La carta de Flaviano, junta á las actas de Constantinopla, dejó frustrada la astuta maniobra del herejarca en la Iglesia romana.

Sin embargo, no por eso decayó de ánimo; este monge-hipócrita que hacia escrúpulo de poner el pie fuera de su monasterio, se revolvió á todas partes; y tomando con el espíritu de la heregia el de la astucia y la intriga, le ocurrió escribir al obispo de Rávena para atraerle á su partido. Era entonces esta ciudad la corte del antiguo imperio, y ganando al obispo Pedro Crisólogo, cuyo mérito extraordinario podia dar gran esplendor á su secta, pensaba el novador que la corte imperial de Occidente llegaria así á serle mas favorable que la de Oriente. Pero el santo obispo era aun mas humilde y mas firme en la fé, que ilustré por su dignidad y grande ingenio. Contestó á Eutiques, que no habia podido leer su carta sin experimentar un amargo dolor, y que valiendo en las cosas humanas la ley de la prescripción despues del transcurso de treinta años (1), era muy extraño que despues de tantos siglos se arguyese contra la ley divina, sobre la generacion de Jesucristo; que de ningun modo podia corresponder mejor á su confianza que exhortándole á someterse á la doctrina del romano Pontífice, pues el Príncipe de los Apóstoles, que gobierna la Sede apostólica, y enseña allí la verdadera fé á los que la buscan; que él

(1) Conc. Chalced. p. 1, c. 17.

mismo era el primero en hacer lo que le aconsejaba, y que nunca se entrometeria en tal asunto sin el consentimiento del obispo de Roma. No era esto lo que queria el herejarca, y habiéndose dirigido á Dióscoro tuvo con este mejor suerte que con Crisólogo.

Una afectacion de sistema mas que de carácter, y una serie bien urdida de artificios, habian elevado á este hombre peligroso á la cátedra patriarcal de Alejandria. Hipócrita muy diverso de Eutiques, y que sin sujetarse como este corruptor austero á las observancias exteriores y penosas de la virtud, con un porte mundano y un fausto enteramente secular, con costumbres mas que dudosas, con injusticias evidentes y verdaderas concusiones, queria pasar por un santo, exigiendo hasta las demostraciones de veneracion y respeto con el terror de su despotismo y con las tramas de una multitud de tiranelos subalternos, que vinculaban á su suerte el amor de sus mismos vicios y la confianza de la impunidad: era un genio emprendedor y obstinado, y de un atrevimiento que no se paraba con la perspectiva de los extremos mas funestos; tal en fin, cual era necesario para hacer famosos los delirios de un entusiasta oscuro y encubrir su extravagancia. No podia el herejarca haber escogido mejor protector entre todos los prelados, y ya el eunuco Crisafio conocia suficientemente al obispo de Alejandria para fundar en él el éxito de sus malos intentos contra la Iglesia, ó mas bien contra la princesa Pulqueria, que era lo que le interesaba mucho mas que todos los asuntos eclesiásticos y que las vanas ideas de un sectario. Con el fin de estorbar su reconciliacion con el emperador su hermano, procuró indisponerla mas y mas con la emperatriz, lo cual le salió á medida de sus deseos. De esta desavenencia, y mas todavía de la en-

vidia natural de que las mugeres aun del mayor mérito se dejan á las veces dominar, provino que, tratando Pulqueria de herege á Eutiques, Eudisia se declaró abiertamente por este novador. Crisafio, que conocia á Dióscoro, no se anduvo buscando rodeos para proponerle lo que queria (1). Escribióle ingenuamente que le prometia favorecerle en todo si queria tomar la defensa de Eutiques y declararse contra Flaviano. Al mismo tiempo Eutiques hizo relacion de su causa á Dióscoro, y este escribió inmediatamente al emperador que era indispensable reunir un Concilio universal, lo que no le fué difícil conseguir teniendo á su favor al eunuco y á la emperatriz.

Convocóse el Concilio para el dia 1.º de agosto, y se dió orden á Dióscoro para que eligiese diez metropolitanos de su provincia, otros tantos obispos idóneos para sostener la fé, y que con ellos marchase á Efeso. Se espidieron para las demás provincias órdenes tan poco canónicas, es decir, que no se admitió generalmente á los prelados por su carácter episcopal que es lo que los constituye jueces de la doctrina, sino bajo de ciertas condiciones y mediante algunas cualidades, cuyo exámen daba lugar á escluir á todos los que se quisiese. En cuanto á los obispos de quienes se temia en particular por sus luces y su marcada oposicion á la nueva doctrina, tales como el célebre Teodoreto, fueron escludidos nominalmente bajo el especioso pretesto de que propendian al nestorianismo. Con el mismo pretesto y teniendo recelo, decian, de que los fautores de Nestorio intrigasen para la eleccion de un presidente de su partido, el emperador eligió á Dióscoro por un acto de plena autoridad, tan irregular como injurioso al Papa, á quien jamás se habia dis-

putado el derecho de presidir los Concilios generales.

No se les podia ocultar sin embargo que seria un atentado celebrar un Concilio ecuménico sin noticia del obispo de Roma, y que en aquellas circunstancias era indispensable su consentimiento. Noticióle, pues, la convocacion, pidiéndole con una deferencia artificiosa que asistiese personalmente. «La religion de Teodosio, dice con este motivo San Leon en su Epistola al Concilio (1), haciéndole respetar la institucion divina ha recurrido á la autoridad de la Sede Apostólica para la ejecucion de su piadoso intento, como si hubiera deseado aprender la verdad de la propia boca de Pedro.» Mas el sábio Pontífice se guardó bien de salir de Roma en estas circunstancias; porque además de la costumbre en contrario y de las razones generales, su espíritu penetrante y justo le hacia antever otros óbices, y aun hubiera querido impedir este fatal Concilio; y así hizo todo cuanto pudo, pero en vano, para que el emperador cambiase de resolucion, á lo menos en cuanto al lugar de la asamblea. Por fin, creyó mucho mas arriesgado oponerse absolutamente á la celebracion de este Concilio, y envió tres legados, Julio, obispo de Puzzol, con el presbítero Renato y el diácono Hilario. Entonces escribió á Flaviano de Constantinopla aquella admirable carta que ni siquiera quiso leer este falso Concilio, carta que despues recibió el santo Concilio de Calcedonia como un oráculo pronunciado por la boca misma de Pedro (2). Para darla mayor autoridad, algunos autores fidedignos refieren algunos prodigios, y afirman que el Príncipe de los Apóstoles influyó en su redaccion de un modo superior á la proteccion especial con que favo-

(1) Epist. 15, edit. Paris, 1671.

(2) S. Leo. Epist. 10 alias 28.

(1) Nicephor. lib. 14, cap. 47.



rece á la Iglesia romana; mas la sola lectura de este monumento divino es suficiente para hacerle apreciar cuanto merece.

Principia el Santo Pontífice haciendo notar la ignorancia y falta de rectitud de Eutiques.

«¿Qué inteligencia de las Escrituras, dice, puede suponerse en este raro doctor, que parece ignorar hasta los primeros artículos del símbolo? Este imprudente viejo, que no sabe concebir pensamientos dignos de nuestros sublimes misterios, ni escuchar á los que son mas sábios y doctos que él, no ha entendido todavía ni aun lo que se hace confesar á todos los que son regenerados por el bautismo. ¿No parece que el Salmista habla de este obstinado, cuando dice, que no quiso comprender para dispensarse de obrar bien? ¿Y qué es lo que necesitaba comprender? No otra cosa que esa fórmula comun con que los fieles hacen profesion de creer en Dios Padre Todopoderoso, y en Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor, que nació de la Virgen María por virtud del Espíritu Santo. Confesar que el Omnipotente es Padre; esto es, que le es consubstancial este Hijo, este mismo Hijo que nació de la Virgen sin lesion alguna de su virginidad, por la virtud pura y maravillosa del Espíritu Santo. La generacion temporal nada añadió ni quitó á la generacion eterna. Mas este Hijo enjendrado desde toda la eternidad, no por eso dejó de tomar en el tiempo nuestra naturaleza, que así hizo suya, haciéndose él mismo consubstancial á nosotros, sin lo cual el dominio de la muerte y del pecado, ó la potestad de Satanás, no hubiera podido ser destruida; es decir, que la naturaleza divina y la naturaleza humana se unieron en la persona de Jesucristo, para que el mismo mediador pudiese satisfacer sufriendo y muriendo, y esto no obstante permaneciese inmortal é impassible.»

Despues de este exordio establece San Leon con la autoridad de la Escritura todas estas verdades capitales que componen la sustancia y la basa del cristianismo: las esplica y las presenta bajo todos sus puntos de vista, y las trata tan clara, noble y exactamente, que mas bien pa-

rece oirse al Apóstol Pedro ó Pablo, que á un doctor revestido todavía de carne mortal. Luego continúa:

«Nuestro mediador tiene verdaderamente en su persona todo lo que está naturalmente en nosotros, todo lo que puso en nosotros al tiempo que nos crió y que queria reparar redimiéndonos; mas no tiene lo que el tentador ha sobreañadido en nosotros. Ha tomado la forma del esclavo ó del pecador, pero no la mancha del pecado; y ha realzado la bajeza de la humanidad, sin degradar la divinidad. El anonadamiento con que el Señor y el Criador de los mortales ha querido hacerse hombre sujeto á la muerte, no es una falta de poder; es un esfuerzo omnipotente de su misericordia; de modo que tomando todas las propiedades de nuestra naturaleza, no ha perdido ninguna de la suya. La naturaleza divina no ha sido alterada por la gracia que nos ha hecho: la humana no ha sido absorbida por la dignidad que recibió; y tan verdaderamente se ha hecho hombre, como invariablemente permanece Dios. Es Dios, porque ante todo principio era el Verbo, y el Verbo era Dios; es hombre, porque el Verbo se hizo carne y conversó entre nosotros. Es hombre nacido de una muger, y sujeto á todas nuestras enfermedades, excepto el pecado; pero todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada se ha hecho. Su nacimiento temporal demuestra la naturaleza humana; y este nacimiento, verificado de una Virgen, demuestra el poder divino. Es un niño en la humildad de la cuna, y es el Eterno ensalzado en lo mas alto de los cielos. Búscale Herodes para darle la muerte; pero los Magos vienen de lo mas lejos del Oriente para adorarle. Recibe, como un pecador, el bautismo de Juan; y al mismo tiempo el Dios tres veces Santo le declara su Hijo muy amado. Como hombre es tentado por Satanás, y como Dios es servido por los ángeles. Es claramente propio del hombre sufrir hambre, sed, cansancio, falta de vestido y de sueño; pero es sin disputa propio de un Dios alimentar á cinco mil personas con cinco panes, el dar la bebida que apaga para siempre la sed, el caminar sobre las aguas, y apaciguar las tempestades. No es de una misma naturaleza

el llorar la muerte de un amigo y el resucitarle; espirar sobre una cruz, y convertir toda la naturaleza en luto y oscurecer el sol, y hacer temblar la tierra, y romper las rocas y los corazones endurecidos en la maldad, y abrir al ladron contrito las puertas del cielo. Desde que el Hijo engendrado antes de todos los tiempos recibió en el tiempo un nuevo nacimiento, hay un nuevo orden de cosas: el que es invisible por su naturaleza, se hizo visible para la nuestra: el incomprendible se puso al alcance de nuestra comprension: el principio de todos los seres principió á ser: el Señor de las cosas que existen y de las que aun no existen, tomó la forma de un esclavo: el infinito se encerró en el cuerpo de un niño: el impassible se revistió de miembros pasibles; y el Autor de la vida se sujetó á la muerte.

«Así las cosas opuestas se hallan reunidas; y aunque en Jesucristo no hay mas que una sola persona, quedan en él constantemente y sin mezcla alguna dos naturalezas distintas. Una es la que le hace decir: *el Padre y Yo somos una misma cosa*; y otra la que le hace decir con igual verdad: *el Padre es mayor que Yo*. Por razon de esta unidad de persona, se dice, así en la Escritura como en los símbolos, que el Hijo del Hombre bajó del cielo, y que el Hijo de Dios tomó carne de la Virgen; que fué crucificado y sepultado, aunque solo lo fuese en la naturaleza humana. Cuando conversaba en la tierra con sus discípulos, preguntó á los Apóstoles lo que creían del Hijo del Hombre, esto es, de sí mismo, á quien veían revestido de una carne mortal. Pedro tomó la palabra, y le dijo que era Cristo Hijo de Dios vivo, reconociéndole Dios y Hombre á un mismo tiempo. Despues de su resurreccion hizo advertir por los vestigios de sus llagas que su cuerpo era real, sensible, palpable; y al mismo tiempo entró, cerradas las puertas, donde estaban ocultos sus discípulos: les dió el Espíritu Santo, la inteligencia de las Escrituras y el don de milagros; y manifestó de este modo en su persona las dos naturalezas unidas y distintas. ¿Qué fundamentos tiene, pues, el que no quiere que el Hijo de Dios tenga verdaderamente nuestra naturaleza? Tiemble el temerario Eutiques á estas palabras de San

Juan: *todo espíritu que confiesa que Jesucristo vino en carne, es de Dios; y todo espíritu que divide á Jesucristo, no es de Dios, sino un anticristo. ¿Y qué es dividir á Jesucristo sino negarle la naturaleza humana? Este desastroso error destruye la Pasion del Salvador y la virtud de su sangre.»*

Por último, San Leon concluye su Epistola, advirtiendo lo que no habian notado los obispos juntos en Constantinopla para juzgar á Eutiques. Habia contestado este novador á sus preguntas, que reconocia dos naturalezas en Jesucristo antes de la union; pero una sola despues. Esta segunda impiedad llamó de tal modo la atencion de los Padres, que nada habian decidido contra la primera. El sabio Pontífice les dice con este motivo: «me admiro que no hayais condenado tal blasfemia; pues no es menor impiedad decir que el Hijo de Dios tenia dos naturalezas antes de la Encarnacion, que sostener que despues de ella no tiene mas que una. No omitais, pues, hacerle retractar de este error, si llega á convertirse. Con todo, en este caso usad con él de toda la indulgencia que fuere posible, porque jamás queda mejor vengada la fé que cuando el error es condenado por sus mismos autores.» Tal es la doctrina de la Epistola á Flaviano, demasiado famosa y elocuente para que deje de leerse con gusto cuanto hemos copiado de ella.

Estaba destinada para ser leida en el Concilio, como un testimonio de la fé de la Iglesia romana, lo que no estorbó que el Papa instruyese particularmente á sus legados y á Julian, obispo de la isla de la Gós en el Archipiélago, encargado en Constantinopla de los negocios de la Iglesia romana. Le escribió directamente, y no omitió cosa alguna para instruirle con perfeccion en las disputas que los ocupaban (1). Insiste otra vez aqui el sabio Pontífice en lo que Euti-

(1) S. Leo. *Epist.* 11.